



¿Qué hizo que Judas
se convirtiera
en un "judas"?

Por Plutarco Bonilla A.

ÍNDICE

Preámbulo.....	3
1. Judas, antes del llamamiento de los doce apóstoles.....	6
2. Judas, desde su nombramiento como apóstol hasta cuando comienza la Semana de la Pasión.....	10
3. ¿Y después?.....	14
4. Suicidio de Judas.....	21
5. De regreso a la “traición”.....	25
6. Previo a la conclusión.....	28
Conclusiones.....	32
Notas posfinales y “al margen”.....	35

CRÉDITOS:

Autor: Plutarco Bonilla A.

Fue profesor de la Universidad de Costa Rica y consultor de traducciones de Sociedades Bíblicas Unidas (Región de las Américas). Jubilado, vive en Costa Rica.

Edita: Revista Renovación

<https://revistarenovacion.wordpress.com>

editorenovacion@gmail.com

Foto de portada: fabulousmasterpieces-blog.co.uk)

¿Qué hizo que Judas se convirtiera en un “judas”?

Preámbulo

El personaje cuyo nombre da título a este artículo ha sido tema de estudios muy diversos.

Unos son de carácter académico. Estos tratan de hurgar en los recovecos de la información literaria e histórica que, acerca de dicha persona, se encuentra tanto en los textos canónicos del cristianismo como en la literatura extrabíblica. Recuérdese que existe un texto que lleva precisamente el título de *Evangelio de Judas*, calificado, desde el oficialismo cristiano, de “Evangelio apócrifo”. De este hay traducción castellana (*El apócrifo Evangelio de Judas*. Traducción y comentario de Pedro Ortiz Valdivieso. [Bogotá: Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, 2006]. Existen otras traducciones, como la de 2012, publicada por Ediciones Sígueme).

La figura de Judas ha atraído así mismo la atención de novelistas y cineastas. En ambas expresiones artísticas, el personaje aparece no solo en los filmes o novelas en que es protagonista sino, además, como es

natural, en las obras en que es parte de la trama total de la narración de la vida de Jesús.

En los días en que escribía el presente artículo, leía también los *Cuentos completos* de Jorge Luis Borges (Barcelona: Liberdúplex, 2014⁵; 550 pp.). Me llamó la atención que, en esa obra de ficción, aparecen dos cuentos, bastante cortos, escritos, respectivamente, en 1944 y en 1975, y titulados “Tres versiones de Judas” y “La Secta de los Treinta”. En el “Epílogo” a la colección de relatos titulada “El libro de Arena”, a la que pertenece el segundo de los cuentos mencionados, el propio Borges afirma lo siguiente: “‘La Secta de los Treinta’ rescata, sin el menor apoyo documental, la historia de una herejía posible” (p. 512). Pero lo cierto es que Borges “cientifica” (perdóneseme el barbarismo) lo que han sido teorías que tratan de explicar cuál haya sido la intención de Judas al entregar a Jesús.

Y no olvidemos que, en muchos países, sobre todo de tradición católica, existe, como elemento casi folclórico de las celebraciones de la Semana Santa (o

Semana Mayor), una “ceremonia” a la que denominan “la quema de Judas”, en la que se le pega fuego a un muñeco de trapo que representa al Iscariote.

Nuestra pretensión, en el presente escrito, no es, por decirlo de alguna manera, “de altos vuelos”. Por muy interesantes que puedan resultar tanto las investigaciones académicas relacionadas con los escritos de la antigua historia del cristianismo, con sus luchas teológicas intestinas y sus divisiones, como las indagaciones contemporáneas y las hipótesis planteadas para explicar “el fenómeno Judas”, aquí quedan todas ellas al margen, en virtud de un propósito que consideramos mucho más sencillo. También dejamos de lado, en este caso, el propio *Evangelio de Judas* y, con más razón, las obras de ficción a las que hemos aludido en párrafos anteriores, pues consideramos que todo autor de obras de ficción tiene el derecho de escribir conforme su imaginación le dicte (y eso es lo que el crítico y el lector común tienen que tomar en cuenta).

En efecto, nos proponemos estudiar los pasajes, en los cuatro Evangelios canónicos y en el libro de los Hechos de los apóstoles, que se refieren a Judas, ya sea cuando se menciona expresamente su nombre o cuando haya que inferir (por necesidad o con toda probabilidad) su presencia, de acuerdo con lo que se narra en esos escritos. Intentamos, eso sí, hacer una lectura crítica, que preste atención a los respectivos contextos (literarios, redaccionales, de destinatarios...) y sin intentar realizar armonizaciones, pues esa no es función ni del traductor ni del

intérprete bíblico. Las armonizaciones suelen, por lo general, forzar el significado de los textos de la Escritura para hacerlos “encajar” en una determinada teología, por lo que no es raro que sobrepasen el contenido de esos mismos escritos. Para lograr el cometido que nos hemos impuesto, procuraremos, así mismo, hallar respuestas que consideremos satisfactorias, hasta donde nos sea posible, a las preguntas que surjan de esa lectura analítica de los pasajes que estudiemos.

A menos que se provea otra información, las citas bíblicas están tomadas de la traducción *La Palabra. El mensaje de Dios para mí* (LP), publicada por la Sociedad Bíblica de España. (Véanse, al final de este artículo, las referencias bibliográficas de esta traducción y de las otras que se citen).

Donde se da razón del doble uso del término en el título

(1) El primer uso de la palabra “Judas”, en el título del presente artículo, es nombre propio de una persona concreta. En el Nuevo Testamento se informa de varias personas que respondían a ese mismo nombre, pues era bastante común. En el caso que nos interesa, y según el decir de los Evangelios canónicos, este Judas fue discípulo de Jesús. Se lo identifica como “Iscariote”, para distinguirlo de otro seguidor del Profeta Galileo que llevaba el mismo nombre (hijo de Santiago: Lc 6.16 y Hch 1.13). Se considera que este último es el mismo que en los otros Evangelios se conoce como Tadeo. En el Nuevo Testamento se menciona, además, a otras personas que llevaban ese mismo nombre: el hermano de Jesús; el que se identifica

como “hermano de Santiago” y es autor de la breve carta que lleva su nombre; el que hospedó a Pablo en su casa; y algunos otros.

El Iscariote es, pues, el primer “Judas” de nuestro título.

(2) El segundo “judas” –escrito, por lo general, así, con minúscula inicial (aunque algunos escritores prefieren la mayúscula)– ha dejado de ser nombre propio de persona concreta para pasar a designar y calificar a una persona –cualquier persona, al margen de su nombre identificatorio– que tiene un comportamiento característico, relacionado con lo que, cerca del final de su vida, hizo el Judas Iscariote de los Evangelios.

El *Diccionario del español actual* (DEA) define así el término “judas”: “Hombre traidor. También adjetivo. || A veces usado como insulto. Se usa en construcciones de sentido comparativo para ponderar falsedad: más falso que Judas”.

Por su parte, el *Diccionario de uso del español* (DUE) afirma que la palabra “judas” significa “hombre malvado y traidor”, e indica que tal palabra alude “al discípulo de Jesús que lo vendió”.

Y el *Diccionario de la lengua española* (DLE), dice que el vocablo “judas” se le asigna a un “hombre alevoso, traidor”.

Llama la atención que ninguno de estos diccionarios registra la posibilidad de usar el nombre en femenino, como, por ejemplo, en la frase “esa mujer es un[a] judas”. No obstante, no nos parecería inapropiado que se hiciera.

El problema

Aclarados así los términos, enfrentémonos al problema que se plantea en el título.

¿Qué nos dicen con exactitud los Evangelios canónicos acerca de Judas? De él se habla no solo cuando se explicita su nombre o la expresión con la que se lo califica. Las otras referencias y alusiones que nos han dejado los evangelistas son fundamentales para tratar de comprender la complejidad de nuestro personaje.

Nos preguntamos, así mismo, lo siguiente: La información que encontramos en esos escritos, ¿nos resulta clara?, ¿coherente?, ¿uniforme?, ¿justa? ¿Se produjo verdaderamente una transformación de Judas en judas?

Con base en todos esos datos, ¿podemos formarnos un retrato más o menos fidedigno de la persona llamada Judas Iscariote?

¿Qué información podemos recabar de los Evangelios?

Hemos de tomar en consideración que la información que encontramos en los Evangelios del Nuevo Testamento no es monolítica y con toda seguridad ni siquiera de primera mano. Fue recopilada entre unos treinta y unos sesenta y tantos años después que habían ocurrido los acontecimientos que allí se relatan. Representa, además, tanto diversos contextos y tradiciones como los variados propósitos que persiguieron sus diferentes autores (quienesquiera que hayan sido). Hay que tomar en cuenta, de igual manera y hasta donde sea posible, a las

comunidades a las que esos autores dirigieron sus textos para hacer frente a los problemas que en ellas se suscitaron. Todos esos factores inciden en la caracterización de las diversas facetas de la personalidad de Judas que nos transmiten los escritos canónicos.

1. Judas, antes del llamamiento de los doce apóstoles

De la narración en la que por primera vez se menciona a Judas Iscariote por nombre, pueden deducirse varios datos significativos y, al menos uno, un tanto intrigante.

Leemos así en el relato de Marcos:

Después de esto, Jesús subió al monte y llamó a los que le pareció bien. Y se acercaron a él. También designó a doce, a quienes constituyó apóstoles, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar con poder para expulsar demonios.

Los doce designados fueron Simón [...] y Judas Iscariote, el que más tarde lo traicionó

(3.13-19; pasajes paralelos: Mt 10.1-4; Lc 6.12-16)

Primer dato: No tenemos noticia acerca de cuánto tiempo había transcurrido desde el inicio del ministerio público de Jesús hasta este preciso momento. Veamos:

Mateo incluye, en esa etapa (o sea, antes de registrar los nombres de los doce apóstoles), muchas otras actividades de Jesús: proclamó la buena nueva del reino de los cielos, llamó a los primeros discípulos, siguió predicando e hizo milagros (4.12-25); predicó el sermón de la

montaña (capítulos 5-7); sanó a un leproso, al asistente de un oficial romano (o sea, de un centurión), también a la suegra de Pedro e hizo otras curaciones (8.1-17); explicó a algunos qué significa seguirlo, calmó la tempestad en el lago de Galilea cuando estaba “acompañado de sus discípulos” y liberó a los dos endemoniados de Gadara (8.18-34); sanó a un paralítico y llamó a Mateo (9.1-13); disputó sobre el ayuno (9.14-17); resucitó a la hija del jefe de la sinagoga (Jairo), les devolvió la vista a dos ciegos y la voz a un mudo (9.18-34). Además, siguió enseñando en diversas ocasiones (9.35-38). Después de todo ello, narra Mateo la designación de los apóstoles.

El evangelista Lucas, por su parte, explica que Jesús había estado predicando en diversas comunidades de Galilea, incluida la de Nazaret, donde fue rechazado. (Nazaret fue el pueblo en que Jesús crecería y que, según Mateo, en una cita de las Escrituras Hebreas que no deja de ser enigmática, le daría su apelativo, pues sería identificado como “Jesús Nazareno” – 2.22-23–, tal como fue designado en la inscripción que puso Pilatos en la cruz). En esas comunidades, Jesús había sanado, en sábado, a un endemoniado, a la suegra de Pedro y a muchas otras personas (4.14-41); recorre los pueblos de la región, llama a los primeros discípulos, se produce la pesca milagrosa y sana a un leproso y a un paralítico (4.42-5.26); llama a Leví y lo adversaban fariseos y maestros de la ley (5.27-39); nueva animadversión de fariseos, a causa del sábado y curación, también en sábado, de un hombre que tenía una mano atrofiada (5.27-6.11). Solo entonces cuenta

Lucas lo del nombramiento de los doce apóstoles. Significativo –y característico de Lucas– es que el llamamiento de los apóstoles ocurre en un contexto de oración. Dice, en efecto, que “por aquellos días, Jesús se fue al monte a orar, y se pasó toda la noche orando a Dios” (6.12).

Mientras está entregado en cuerpo y alma a ese multifacético ministerio, Jesús va haciéndose de discípulos. En lo que nos cuentan los Evangelios canónicos, se explicita ese hecho varias veces y en oportunidades distintas, según hemos destacado.

No hay que perder de vista el hecho de que la cronología de los Sinópticos no es uniforme ni concordante entre ellos, pues los redactores finales de esos textos, al organizar su material le prestan más atención a los propósitos que persiguen (o, si se quiere, a su intención teológica) que al estricto orden de los acontecimientos tal como debieron haber tenido lugar. De ahí que, al encontrarnos con adverbios como “antes”, “después”, “inmediatamente”, “enseguida” (o: “en seguida”) y otros semejantes, no debemos pensar en la secuencia temporal de los acontecimientos narrados como si correspondieran a la realidad de lo sucedido, sino al contexto literario que tiene que ver con la enseñanza que se desea transmitir.

Puesto que antes lo mencionamos como “de paso”, señalamos a continuación algunas de las ocasiones en que el narrador Mateo dice que Jesús va haciéndose de discípulos o que algunos “lo seguían”. Hemos destacado con cursivas y negritas las palabras correspondientes:

- Subió Jesús a una barca acompañado de **sus discípulos** [...]. Los **discípulos** se acercaron a él y lo despertaron [...]. Y los **discípulos** se preguntaban asombrados... (8.23, 25 y 27)

[La segunda mención de “discípulos” corresponde al v. 25. Tal palabra no es parte de los manuscritos griegos más importantes, aunque sí está incluida en muchos otros considerados valiosos. No obstante, es obvio que se trata del sujeto tácito, ya mencionado en el v. 23].

- Más tarde, estando Jesús sentado a la mesa en casa de Mateo, acudieron muchos recaudadores de impuestos y gente de mala reputación, que se sentaron también a la mesa con Jesús y **sus discípulos**. (9.10)

- Entonces se acercaron a Jesús los discípulos de Juan el Bautista y le preguntaron:

—¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos tantas veces y, en cambio, **tus discípulos** no ayunan? (9.14)

- Jesús se levantó y, seguido de **sus discípulos**, fue con él [con un dignatario: Jairo]. (9.19)

- Dijo entonces a **sus discípulos**: (9.37)

- Jesús reunió a **sus doce discípulos** y les dio autoridad para expulsar espíritus impuros y para curar toda clase de enfermedades y dolencias. (10.1)

[De todos estos versículos, pueden consultarse los siguientes pasajes paralelos: Mc 2.15; 2.18; 2.23; 3.7, 9; 3.13; Lc 5.33; 6.1].

Estas diversas narraciones tienen que ver con diferentes actividades de Jesús en las que participaron otras personas a las que se identifica como “sus discípulos”. Todas se realizaron antes, o inmediatamente antes del relato del llamamiento de los apóstoles (“los Doce”).

Judas Iscariote (a quien de aquí en adelante llamaremos con el simple nombre de Judas o como “el Iscariote”) debió haber sido parte de ese grupo de “discípulos” de Jesús, aunque no sepamos con precisión cuándo se incorporó al grupo. En casi todos los casos, esta indicación –o sea, que Judas se contaba entre esos discípulos– es resultado de una inevitable deducción por implicación, como intentaremos explicar. Pero hay otro caso, en que el texto lo afirma de manera directa, a pesar de que no se mencione su nombre.

Después de pasar la noche en el monte orando (Lc 6.12-13), Jesús decidió nombrar a un grupo particular de seguidores a los que llamaría “apóstoles”. Para ello, “llamó a los que le pareció bien” (de acuerdo con lo que se registra en Mc 3.13) o “reunió a sus doce discípulos” (según Mt 10.1; compárese con Lc 6.13, que no da número). (Según parece, pues la evidencia textual deja dudas, Marcos no usa el término “apóstoles”). Judas tuvo que ser parte de esos “llamados”. Si no, no habría sido elegido como apóstol. Ello implica, así mismo, que, por un tiempo, cuya duración no podemos determinar, ya había estado siguiendo a Jesús. Esto quiere decir, a su vez, que, si no en todos los casos de los pasajes que ya hemos citado, por lo menos

en algunos (o muchos), Judas era miembro de ese conjunto de personas al que se refieren los evangelistas como “los discípulos”.

El *segundo dato* significativo que podemos deducir de estos relatos es que algo debió haber visto Judas en aquel predicador galileo para que lo moviera a convertirse en su seguidor. A este respecto, tampoco podemos afirmar con absoluta certeza qué le atrajo de Jesús: ¿Fue, quizás, el haber presenciado las obras maravillosas que aquel profeta norteño hacía? ¿Se habría convertido en discípulo, más bien, porque lo había cautivado lo que constituía el mensaje central de aquel extraño predicador, que hablaba de la cercanía y de la presencia del reino de Dios, en una época llena de expectativas populares, cuando su propio pueblo estaba siendo subyugado por gentiles, bajo la bota imperial de Roma? ¿O sería a causa del entusiasmo que experimentaba al verificar cómo Jesús dejaba callados y en ridículo a aquellos dirigentes religioso-políticos que se le oponían? ¿Había sido Judas seguidor de Juan el Bautista y luego, una vez encarcelado este, se pasó al bando de Jesús? Cualquiera que sea la respuesta, el hecho es que, “por algo”, Judas se había convertido en seguidor, precisamente en la oprimida y explotada Galilea, de aquel nuevo predicador.

De igual manera podríamos afirmar que algo debió haber visto Jesús en Judas para que lo escogiera como parte del grupo de sus seguidores más cercanos. Sobre este particular detalle reflexionaremos más adelante.

Un tercer dato resulta algo sorprendente. Según los relatos de Marcos y Lucas, pareciera que Jesús convocó a un grupo significativo de discípulos que ya lo seguían. La traducción del texto de Marcos que hace la *Nueva Biblia Española* (NBE) expresa el dinamismo de aquel acontecimiento: "Mientras subía a la montaña fue llamando a los que él quiso y se reunieron con él" (3.13). Y Lucas especifica con claridad que "eligió doce de entre ellos" (énfasis nuestro. Véase la *Biblia de Jerusalén*, BJ-NE).

Sin embargo, en el registro de Mateo se afirma lo siguiente: "Jesús reunió a sus doce discípulos y les dio autoridad..." (10.1). Pareciera que este evangelista se "brinca" el relato del momento preciso de la conformación del grupo apostólico y pasa a explicarles a los elegidos cuál sería la misión que debían realizar. Lo extraño es que, de inmediato, da los nombres de los Doce, lo que, en el caso de Marcos y Lucas, ocurre solo cuando son elegidos y, según Lucas, llamados "apóstoles".

Cuarto dato: Una vez nombrados esos apóstoles, dice Marcos que Jesús lo hizo "para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar con poder para expulsar demonios" (3.14-15). Mateo explica con estas palabras lo dicho por Marcos y explicita otro detalle: "Jesús reunió a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus impuros y para curar toda clase de enfermedades y dolencias" (10.1). Lucas, por su parte, al contar la historia (6.12-16), no menciona que, en el mismo momento de la elección de los Doce, Jesús les diera algún mandato

ni les explicara cuál habría de ser la misión que debían realizar. Eso lo va a hacer, según el evangelista, más adelante (9.1-5).

Conclusión obvia para nuestro análisis: Haya sido como haya sido, Judas recibió esas mismas prerrogativas, que implicaban, así mismo, grandes responsabilidades.

Hay un quinto dato que ahora solo vamos a mencionar, pues será objeto de comentario más cerca del final de estas reflexiones. En realidad, se trata de un dato expresado por medio de tres detalles, íntimamente relacionados. Son estos: en las respectivas listas de los Evangelios Sinópticos (a) a Judas siempre lo mencionan de último, (b) se le pospone, en todos los casos, el "apellido" (¿toponímico?) o apodo: "Iscariote" y (c) lo caracterizan, los tres evangelistas, como el que entregó a Jesús (lo "traicionó": Mateo y Marcos; "que llegó a ser el traidor": Lucas [en la traducción Reina-Valera, que, a nuestro entender, refleja mejor el significado del verbo griego *ginomai* [γίνομαι]).

Aunque no se refiere a Judas, añadimos otro dato que llama la atención en esas listas y que nos parece curioso, por lo que señalaremos más adelante: a Pedro se le pone siempre de primero en la lista. Es más, el relato de Mateo dice así. "Los nombres de los doce apóstoles son estos: primero Simón, llamado Pedro...". Refleja – es nuestra opinión– el desarrollo que se había producido entre los cristianos en el transcurso de los años entre el nombramiento de los apóstoles y el momento cuando el autor del Evangelio transcribe ese testimonio.

2. Judas, desde su nombramiento como apóstol hasta cuando comienza la Semana de la Pasión

Nos hemos limitado en las líneas anteriores a comentar lo que los evangelistas dicen que, de alguna manera, tiene que ver con Judas, *hasta el momento cuando Jesús eligió a aquellos doce hombres a los que constituyó apóstoles*. Pero, ¿qué dicen esos mismos escritores en relación con esa misma persona después de tal nombramiento?

Prestemos atención a las siguientes informaciones:

(a) Judas no solo recibió la misma misión que, como ya hemos indicado, Jesús les había encomendado a los otros once que, con él, constituían el grupo de los doce apóstoles, sino que, además, con esos once llevó a cabo ese encargo, y realizó las maravillas de las que les había hablado el propio Maestro. O sea, que ejerció, de hecho, el privilegio tanto de anunciar las buenas nuevas del reino como de echar fuera demonios y sanar toda clase de enfermedades.

Los Sinópticos son muy claros al respecto. Mateo, después de mencionar los nombres de los doce apóstoles, explica que Jesús los envió en esa misión, les dio instrucciones muy concretas de cómo llevarla a cabo y los puso sobre aviso respecto de las dificultades y de los graves peligros que correrían al obedecerle (10.5-42). Marcos narra "la misión de los doce" en tiempo posterior y resume la descripción de las instrucciones que les da Jesús (6.8-11). Lucas hace otro tanto (9.2-5),

aunque no precisa, como sí hace Marcos, que Jesús envió a los apóstoles de dos en dos. Y de inmediato ambos añaden que, en efecto, los comisionados obedecieron.

Así lo narran esos dos Evangelios:

Marcos: "Los discípulos salieron y proclamaron la necesidad de la conversión. También expulsaron muchos demonios y curaban a muchos enfermos ungiéndolos con aceite" (6.12-13).

Y Lucas: "Ellos salieron y recorrieron todas las aldeas, anunciando por todas partes el mensaje de salvación y curando a los enfermos" (9.6).

Pero no solo eso: Esos dos evangelistas añaden que, realizada la tarea, "los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús y le comunicaron todo lo que habían hecho y enseñado" y "Cuando volvieron los apóstoles, contaron a Jesús todo lo que habían hecho" (Mc 6.30 y Lc 9.10, respectivamente). (Si los relatos mencionados no se refieren a un único "envío misionero" sino a varios, nuestro argumento no pierde validez. Más bien lo revaloriza).

¿No hemos de dar por sentado que Judas, como miembro de aquella especie de "Colegio Apostólico" fue, así mismo, actor de esos hechos milagrosos que tanto beneficiaban a quienes los recibían? ¿No fue, de igual manera, predicador de la venida del reino, tal como Jesús les había encomendado? Los escritores se refieren, en esos casos, a "los discípulos", aplicada esa expresión a los apóstoles, pues estos fueron los comisionados. El hecho de que no se mencione su nombre no significa

nada, pues tampoco se menciona ninguno de los nombres de los otros apóstoles. En este caso, el argumento del silencio es válido, pues si, en efecto, Judas no hubiera sido actor en aquellos acontecimientos, si hubiera sido la excepción, ¿no lo habrían registrado los mismos evangelistas que ya lo habían calificado de traidor (aunque no lo supieran en el tiempo al que los relatos se refieren)? Así habrían ratificado lo apropiado del calificativo que le habían endilgado.

(b) Pero resulta que ese no fue el único caso, en los Evangelios, en que se nos muestra esa faceta de nuestro personaje. Al contrario, son muchas las ocasiones en que se habla de “los discípulos” en general (cuando están implicados los apóstoles) o, en concreto, de “los Doce”. Haremos unos breves comentarios, sin referirnos a todos esos casos. Cuando haya textos paralelos, nos ocuparemos de lo que se dice solo en uno de los Evangelios e indicaremos las respectivas referencias paralelas en los otros. Dado el hecho de que, como ya destacamos, cada evangelista organiza y redacta su material siguiendo sus propios criterios teológicos, cronológicos y pastorales, tomaremos como eje de estas citas los relatos de Marcos, sin prestar consideración, dada la meta que perseguimos, a las diferencias de datación interna ni al orden de los acontecimientos ni a los detalles peculiares que distinguen a esas narraciones paralelas.

•4.10: Cuando Jesús quedó a solas, los que lo rodeaban, junto con los Doce, le preguntaron por el significado de las parábolas.

(Paralelos: Mt 13.10-17; Lc 8.9-10)

Todos los oyentes, *incluidos los Doce*, quedan intrigados por el uso que hace Jesús del método parabólico. No captan el mensaje que por medio de esas historietas él les quiere transmitir. Ante la pregunta que le hacen, no solo les explica el significado de las parábolas que les acaba de relatar, sino que les cuenta otras, cuyo sentido les revela, en un momento posterior y “a solas”, a sus discípulos (v. 34); o sea, a los Doce, como se indica al principio del relato. Y Judas estaba incluido.

•4.35-41: Inmediatamente después de lo anterior, el narrador menciona varios aspectos de la relación entre Jesús y “sus discípulos”. Consideramos que el contexto y el relato mismo apuntan a que se trataba de los Doce (mencionados unos versículos antes). Veamos:

**Ya anohecía, y “Jesús dijo [a sus discípulos]: ‘Vayamos a la otra orilla del lago’” (v. 35).

**Los discípulos “lo llevaron en la barca tal como estaba” (v. 36).

** “[Los discípulos] lo despertaron, diciendo: ‘Maestro, ¿no te importa que estamos a punto de perecer?’ (v. 38).

** Jesús “les dijo: ‘¿A qué viene ese miedo? ¿Dónde está vuestra fe?’” (v. 40).

** Pero los discípulos “seguían aterrados, preguntándose unos a otros: ‘¿Quién es este, que hasta el viento y el lago le obedecen?’” (v. 41).

(Paralelos: Mt 8.23-27; Lc 8.22-25)

¿Qué se desprende de este relato, en relación con el tema que nos interesa? Pues que Judas, como miembro de los Doce, participó de todas esas experiencias que el autor del texto les atribuye y nos describe: oye el mandato de Jesús y obedece; despierta a Jesús; recibe el regaño del Maestro; se siente atemorizado y perplejo. Esta participación se expresa ya sea de manera personal (acciones realizadas por él mismo) o siendo representado por quienes las realizaron de manera directa.

•5.24-34: La siguiente mención explícita de la presencia de los discípulos se relaciona con la acción de una mujer hemorroísa y la inmediata sanidad de la enferma. Jesús ha tenido una experiencia extraña, pues ha sentido que “un poder curativo había salido de él” (v. 30) y en su deseo de descubrir lo que ha pasado, inquiere acerca de quién había tocado su manto. Explica entonces el relato que “Sus discípulos le dijeron: ‘Ves que la gente casi te aplasta por todas partes ¿y aún preguntas quién te ha tocado?’”.

(Paralelos: Mt 9.20-22; Lc 8.43-48)

El relato pareciera indicar que al hablar de “los discípulos”, el autor se estaba refiriendo a los apóstoles, o a un grupo mayor que los incluía. El tono de esa pregunta, un tanto abrupta y como de reprensión (“¿cómo se te ocurre...” o “¿estás ciego o qué?”), refleja, como en otras ocasiones, no la actitud de alguno o algunos de esos discípulos, sino la reacción unánime de todos ellos. Marcos cuenta ese milagro de sanidad después de haber comenzado otra historia (5.21-24), en la

que se nos dice que Jairo, uno de los jefes de la sinagoga, se postró ante Jesús y le pidió que fuera a sanar a su hija (vv. 35-43). Cuando continúa el relato, se explicita que Jesús solo permitió que lo siguieran, de ahí en adelante, tres de sus apóstoles, cuyos nombres se registran: Pedro, Santiago y Juan. Ello parece implicar que todos los otros apóstoles, Judas incluido, lo habían seguido hasta ese momento.

•6.6b-7: “Andaba Jesús enseñando por las aldeas de alrededor, cuando reunió a los doce discípulos y empezó a enviarlos de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus impuros”.

(Paralelos: Mt 10.1; Lc 9.1)

No es necesario añadir aquí ningún comentario, pues se menciona de manera precisa que Jesús llamó, empoderó y comisionó a los Doce; por tanto, también a Judas. Ya comentamos al respecto. Ya hemos señalado que, tanto en Marcos (6.30-32) como en el paralelo de Lucas (9.10-11), se informa que los discípulos regresaron y rindieron ante Jesús informe de lo que habían hecho.

•8.27-30: “Jesús y sus discípulos se fueron a las aldeas de Cesarea de Filipo. Por el camino les preguntó: [. . .]

—Y ustedes, ¿quién dicen que soy?

Entonces Pedro declaró:

—¡Tú eres el Mesías!

Pero Jesús les mandó que no dijeran a nadie sobre él.

(Paralelos: Mt 16.13-20; Lc 9.18-21)

Consideramos que el contexto propio del pasaje, unido al hecho de que cuando Jesús pregunta es Pedro quien contesta, indica que con la expresión “los discípulos”, el autor se está refiriendo a los apóstoles. Otro tanto podría deducirse de un pasaje anterior a este (8.1-10: multiplicación de panes y peces) y de otros posteriores (8.31-9.1: Jesús dirige un discurso a *sus discípulos*; 9.14-29: sanidad de un joven endemoniado a quien *los discípulos* no pudieron sanar [Mateo dice que el padre califica al muchacho de lunático: *σεληνιαζεται*, es decir, epiléptico; después se explica que, a la orden de Jesús, “salió del muchacho el demonio”]; 9.30-32: Jesús explica a *sus discípulos* que lo matarían y resucitaría, y ellos “no entendían nada de esto y tampoco se atrevían a preguntar”; 9.33-37: discusión entre *los discípulos* sobre quién sería el más importante; 9.38-41: Juan informa a Jesús que *ellos* –“*hemos visto*”– habían prohibido a un hombre exorcizar en el nombre de Jesús; 10.17-31: historia del joven rico. Aquí, ¡otra vez!, Pedro asume el papel de portavoz: “Tú sabes que *nosotros...*”; 10.32: Jesús llama a *los Doce* y les anuncia de nuevo que va a padecer, morir y resucitar al tercer día). En todos estos pasajes (excepto en el último, que es explícito), se habla de “los discípulos”, como referencia, indudablemente, a los apóstoles. En algunos de esos casos, quizás habría también otros seguidores del predicador galileo.

•10.35-45: “Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, se acercaron a Jesús y le dijeron:

—Maestro, queremos que nos concedas lo que vamos a pedirte.

Jesús les preguntó:

—¿Qué quieren que haga por ustedes?

Le dijeron:

—Concédenos que nos sentemos junto a ti en tu gloria: el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.

[...]

Quando los otros *diez* discípulos oyeron esto, se enfadaron con Santiago y Juan. Entonces Jesús los reunió y les dijo: [...].”

(Paralelo: Mt 20.20-28)

Aquí se dice con toda claridad que estaban los doce: Santiago y Juan más “los otros diez”. Judas era parte, sin lugar a dudas, de los que habían estado discutiendo en el camino acerca de quién sería el más importante. Y ahora se alía con los otros nueve en el enfado contra los dos que se atrevieron a pedirle a Jesús lo que con casi total seguridad (y aun sin el “casi”) los otros ansiaban con la misma intensidad: posiciones de poder en el tipo de reino que ellos esperaban que Jesús iba a establecer muy pronto.

¿Qué se deduce de todos estos relatos?

Todas esas historias nos revelan que, en el decir de los tres Evangelios Sinópticos y las tradiciones que representan, Judas había tomado parte en las mismas actividades en las que habían participado los otros once apóstoles; había asumido las mismas responsabilidades y había mostrado las mismas actitudes que ellos; había

reconocido, como ellos habían hecho, su propia ignorancia de algunas de las enseñanzas de Jesús y de algunos de los acontecimientos de los que él les había hablado; había tenido los mismos deseos de asumir posiciones de poder en el nuevo reino anunciado por aquel a quien seguían; como ellos, él también había mostrado fe, en unos momentos, y falta de fe en otros...

3. ¿Y después?

Observaciones preliminares

Si Judas era tal y como nos lo presentan estos textos canónicos, ¿qué factor o factores lo convirtieron al final de sus días en un "judas"?

Antes de intentar dar respuesta a esa pregunta, tomemos en cuenta algunos aspectos que, con toda seguridad, han influido en esas historias.

Los relatos evangélicos que tienen que ver con Judas responden a diversas tradiciones, algunas de ellas enriquecidas con informaciones adicionales a lo largo de su composición.

Luego del análisis comparativo de los relatos de los Evangelios Sinópticos – específicamente de los pasajes que se encuentran en Mateo y Lucas, pero no en Marcos–, muchos especialistas en estudios novotestamentarios han llegado a la conclusión de que existió, en la antigüedad cristiana, un documento que recogía, de manera muy particular, dichos de Jesús. Ese escrito, al que se ha denominado "Documento Q" (por la inicial de la palabra alemana *Quelle*=fuente), constituye una reconstrucción y se considera que fue una

de las fuentes para la composición de los Evangelios mencionados. No obstante, para efectos de nuestro estudio, no tomaremos en cuenta ese texto, (que ha sido publicado en nuestro idioma). Debemos aclarar, así mismo, que no todos los biblistas aceptan que haya existido ese documento. (Aunque de seguro se trata de un fenómeno distinto, no olvidemos que en el discurso que Pablo dirigió a los cristianos de Mileto nos encontramos con "un dicho de Jesús" que no se encuentra en los Evangelios canónicos. Debemos aceptar, por tanto, que el apóstol (o el propio Lucas) lo oyó de labios de otros discípulos o lo leyó en algún texto. Nos referimos a lo que dice en Hch 20.35: "Más dicha trae el dar que el recibir").

Por tanto, para tratar de formarnos un cuadro o retrato más o menos fidedigno de nuestro personaje, hemos de tomar en consideración los siguientes factores y datos que nos ofrecen los Evangelios canónicos:

(1) El Evangelio que los biblistas consideran más antiguo, el de Marcos, se escribió unos 30 años o pocos más después de la muerte de Jesús. El más cercano a nosotros, el de Juan, sesenta años o más después de los acontecimientos del Gólgota.

(2) Lo anterior significa –verdad de Perogrullo– que cuando las comunidades de seguidores de Jesús les dieron forma final ("canónica") a esos libros, lo hicieron en retrospectiva, *ex eventibus*, o sea, después, mucho después de que hubieran sucedido los acontecimientos narrados. Esto explica un hecho interesante, que ya

mencionamos: desde la primera vez que el nombre de Judas Iscariote se menciona en los tres Evangelios sinópticos (en la elección de los doce apóstoles) siempre se añade al nombre la expresión “el que lo habría de entregar”, o alguna semejante. O sea, que, al escribir, en los años sesenta o setenta, de lo que sucedió alrededor del año 30, se toma como referencia identificativa de un personaje, lo que este hizo tres años después.

Calificación..., ¿solo por el final?

No puede aminorarse en lo más mínimo ni, mucho menos, negarse, la gravedad de la acción de Judas al entregar a Jesús. Podría añadirse, con toda razón, que el hecho de haber recibido todos los beneficios que se incluían en su pertenencia a “los Doce” hacía que el acto final resultase mucho más grave...

Se ha dicho que la dignidad de una persona no se mide por la dignidad de la cuna en la que nace sino por la del lecho en que muere. Puede haber –y, quizá, haya– verdad en tal afirmación.

Marinella Perroni y Cristina Simonelli, en su libro *María Magdalena. Una genealogía apostólica* (Madrid: San Pablo, 2017), sostienen lo siguiente:

“De hecho, teniendo en cuenta la historia de su composición, así como su ratio teológica interna, los evangelios se leen desde el final, no desde el principio. La historia de la predicación protocristiana comienza con el anuncio de la Resurrección y, en virtud de ella, toda la vida del Nazareno que ha profetizado la llegada del reino de Dios se entiende y se cuenta como

εὐαγγέλιον («evangelio»), este es el término con el que el evangelio más antiguo, el de Marcos, introduce su narración, decretando su carácter y finalidad (1.1-15)” (pág. 44).

Pero en el caso de Judas, ¿es eso del todo justo? ¿No hay que tomar en cuenta otros factores?

Consideramos, no obstante, primero, y en este caso particular, que la imposibilidad de justificar su acción final no elimina la posibilidad de hallarle una explicación, si tomamos en cuenta todos los datos que nos ofrecen las narraciones evangélicas; y segundo, en un plano más general, que el error y el pecado final de cualquier persona no puede borrar de un solo plumazo todo el bien que pudiera haber realizado con anterioridad.

Por ende, estimamos también que sea del todo legítimo que nos hagamos algunas preguntas y que, de igual manera, les lancemos algunas preguntas a los textos bíblicos.

Textos significativos que deben tomarse en cuenta

(1) Los evangelistas Lucas y Juan utilizan, para referirse a las acciones finales del Iscariote, una expresión que nos resulta chocante. Es la siguiente: “Entonces Satanás entró en Judas”.

En castellano, en el habla común, cuando una persona entra en cólera y pierde el control de sus sentimientos, de sus pensamientos, de sus palabras y hasta de sus acciones, o cuando ha cometido alguna tropelía considerada muy grave, solemos

decir de ella que "se le metió el diablo en el cuerpo"... , sin que el dicho haya de entenderse en sentido literal.

En el caso de Judas, el evangelista Lucas (22.3) usa la expresión arriba transcrita cuando, antes de la última cena, Judas fue a negociar con la jerarquía religiosa la entrega de Jesús. Por su parte, Juan (13.27) dice exactamente lo mismo, pero lo refiere al momento cuando, ya en la última cena, Jesús moja el bocado de pan y lo entrega a Judas, y "tras el bocado" se produjo esa especie de "invasión" satánica. (Es de notar, como dato curioso, que, en la versión de Juan, la palabra está precedida por el artículo: ὁ Σατανάς. No así en el texto de Lucas).

Ni Marcos ni Mateo usan, referida a Judas, la frase dicha (que Satanás hubiera "entrado" en él) ni ninguna otra de parecido significado.

Algunas observaciones e inquietudes nos resultan pertinentes y válidas en nuestro intento de formarnos una imagen apropiada (¿y justa?) de Judas:

**Que "entró Satanás en Judas", ¿equivale a la expresión popular que antes hemos citado, de que "se le metió el diablo en el cuerpo"? ¿No es sospechoso que, en efecto, así sea, si tomamos en cuenta que Lucas y Juan hacen tal afirmación en ocasiones y contextos diferentes, aunque muy cercanos? ¿Era Satanás, "acaso", un visitante (o "invasor") esporádico, "intermitente", del Iscariote? ¿O será que, en ambas ocasiones, Judas actuó "como si..."?

Resulta interesante que esos dos evangelistas no llamen "Satanás" a Judas, sino que afirmen, de manera categórica, que *Satanás* entró en él. Y resulta así por lo que comentamos acto seguido.

Hay otro texto, esta vez, solo en Mateo (16.21-28), cuya mención resulta apropiada, pues puede ayudarnos a entender mejor estos conceptos. Citamos de la BJ-NE, por la razón que se explica luego. Ahí leemos así, en la parte pertinente a esta reflexión:

21Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; que le matarían y que resucitaría al tercer día. 22Pedro se lo llevó aparte y se puso a reprenderle diciendo: "¡Ni se te ocurra, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!". 23Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: "¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Sólo me sirves de escándalo, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino de los hombres!".

Podrían señalarse varios detalles interesantes de esta traducción, como, por ejemplo, las expresiones en las que se han vertido las palabras de reprensión de Pedro. Sin embargo, nos centramos ahora en la respuesta de Jesús y en unos vocablos que la preceden. En efecto, este último dato ha sido traducido de diversa manera, según expliciten, o no, sujetos y complementos: "Pero él se volvió" (*Reina Valera contemporánea-RVC*); "Pero Jesús, volviéndose a él" (*LP*); "Jesús se volvió" (*Nueva Biblia Española-NBE; Nuevo Testamento*, traducido por el P. Pedro Ortiz-NT-POV); "Pero él, dándose vuelta" (*El libro*

del pueblo de Dios-LPD). En el texto griego, esa explicación, previa a las propias palabras de respuesta, se expresa con tres términos: *ho de strafeis* (ὁ δὲ στραφεῖς: o sea, el participio presente con el artículo masculino, y con una conjunción intercalada). BJ-NE y LPD, al igual que la Reina-Valera hasta la revisión de 1995, traducen literalmente el participio (como corresponde en castellano, por un gerundio: "volviéndose").

El texto griego no especifica *hacia quién* se volvió Jesús. En las traducciones que hemos citado, solo LP incluye ese complemento: "a él"; o sea, a Pedro.

Creo que hay otra posibilidad. Pedro ya ha apartado a Jesús del grupo formado por los otros apóstoles: "llevándolo aparte" (¿lo tomó por el brazo?). Y Jesús "se vuelve". Al "volverse", ¿es a Pedro al único al que se enfrenta o "se vuelve" así mismo hacia los otros once? Pedro se ha constituido, por su propio carácter, en el portavoz de los Doce. ¿Lo será también en esta ocasión, al igual que lo fue, poco antes, cuando hizo "la confesión" al responder él la pregunta que Jesús había lanzado a los Doce: "Y ustedes, ¿quién dicen que soy?" (16.15)? ¿Refleja, en la reprensión que le dirige a Jesús, solo su opinión personal o la opinión de todo el grupo? (No olvidemos que en el caso cuando Santiago y Juan piden privilegios de poder, ya todos los Doce habían estado discutiendo en el camino cuál de ellos sería el mayor). Al tomar en cuenta estos datos, llegamos a la conclusión de que, cuando Jesús "se vuelve", mira, de hecho, a los Once –Judas incluido, pero no único–,

pues sabe que Pedro ha expresado el pensamiento –y el sentir– de todo el grupo respecto de la inesperada predicción que les ha comunicado. Así lo entendió Marcos, quien explicita que Jesús se vuelve y, "mirando a los discípulos" (ἰδὼν τοὺς μαθητὰς αὐτοῦ), reprendió a Pedro (8.33).

Otro detalle de este pasaje merece reflexión: en las palabras de respuesta de Jesús, ¿hemos de escribir, en nuestro idioma, "Satanás" o "satanás". ¿Se trata del nombre propio de un personaje o, más bien, del uso adjetival de ese nombre propio? ¿Será el mismo caso de "Judas" y "judas" que mencionamos al principio?

Estimamos que por ahí va la correcta interpretación de la reconvencción que Jesús les hace, pues la explicación subsecuente que él da parece apuntar a ello. La BJ-NE explica el caso en una nota al versículo correspondiente:

Pedro, al pretender atravesarse en el camino que debe seguir el Mesías, le sirve de "escándalo" (es decir, "tropiezo", sentido originario del griego *skándalon*) y se convierte en secuaz, aunque inconsciente, del mismo Satán".

Ergo, Pedro no es "Satanás", sino que actuó "de manera satánica".

¿Hemos de interpretar similarmente eso de "entrar" Satanás en Judas? Consideramos que sí. A Pedro, Jesús lo llamó "satanás", porque el apóstol se interpuso entre él (Jesús) y la misión que tenía que realizar. Los evangelistas dicen, de Judas, que "satanás" entró en él, porque intentó hacer realidad definitiva esa "interposición" e impedir que se hicieran realidad los

acontecimientos que ya habían sido vaticinados por el propio Jesús. Nótese que, en un caso –el de Pedro–, lo identifica con “satanás”, pues así lo llama; en el otro –el de Judas–, dice que satanás “entró” en él. Interprétese como se interprete la idea de “Satanás” (“persona”, personificación del mal, fuerzas del mal...), siempre las actuaciones malignas y destructivas no ocurren en el vacío, sino por interpósita persona.

(2) Puede resultar iluminadora la comparación de un detalle específico de esa historia en la que Jesús califica de “satanás” a Pedro con otra, del Evangelio de Juan, en la que el Señor dice de Judas que es “diablo”. Tal cotejo podría ayudarnos a definir algún detalle del retrato de Judas como persona. Lo encontramos en el Cuarto Evangelio (6.66-71) y dice así:

66Desde entonces, muchos discípulos suyos se volvieron atrás y ya no andaban con él. 67Jesús preguntó a los Doce:

—¿También ustedes quieren dejarme?

68Simón Pedro le respondió:

—Señor, ¿a quién iremos? Solo tus palabras dan vida eterna. 69Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.

70Jesús replicó:

—¿No los elegí yo a los Doce? Sin embargo, uno de ustedes es un diablo.

71Se refería a Judas, hijo de Simón Iscariote. Porque Judas, que era uno de los Doce, lo iba a traicionar.

Varios detalles son dignos de consideración al escudriñar este relato: *primero*, ocurre

casi de inmediato al terminar el sermón en que Jesús afirma que él es el Pan de vida” (v. 48), y cuando les dice que el que come su carne y bebe su sangre permanece en él (v. 56). Al oír estas palabras, muchos de los que seguían a Jesús consideraron que esa enseñanza era del todo inadmisibles (v. 60); *segundo*, Pedro se autoerige, de nuevo, en portavoz del grupo apostólico: “¿A quién iremos?”; *tercero*, Pedro es quien hace la confesión categórica del mesiazgo y afiliación divina de Jesús; *cuarto*, Mateo llama “satanás” a Pedro (y, como ya hemos señalado, también, con toda probabilidad, a todos los otros once). Ahora, el autor del Evangelio de Juan tilda a Judas de “diablo”. La pregunta que nos asalta es esta: ¿Habrá, en estos usos en el Nuevo Testamento, diferencia entre “satanás” y “diablo”?

Veamos cómo traducen diversas versiones castellanas, las palabras griegas Σατανάς (Satanás) y διάβολος (diablo), que aparecen, respectivamente, en los textos siguientes:

Mateo 16.23:

Satanás: LP; *La Biblia de estudio Dios habla hoy* (DHH-EE); LPD; *Nuevo Testamento*. Traducción de Juan Mateos y L. Alonso Schökel (NT-MS); *Sagrada Biblia*. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española (SB-CEE); BJ-NE; *Santa Biblia*. Reina-Valera Contemporánea (RVC-EE)

estás hablando como Satanás: *Biblia para todos* (BpT)

adversario: *Biblia del Oso* (BdelO)

Juan 6.70:

un diablo: LP; DHH-EE; SB-CEE; BJ-NE;
RVC-EE

diablo: BdelO

un demonio: LPD; BpT

un traicionero: NT-MS

Hay, como se percibe a primera vista, algunas diferencias significativas. Representan –es así mismo obvio– diferentes interpretaciones del sentido de las palabras en cuestión.

Respecto de Mt 16.23, la mayoría se limita a transcribir, como nombre propio, la palabra griega, transliterada a nuestro idioma. Pero hay dos excepciones significativas: (1) La BpT no “identifica” a Pedro con Satanás, sino que explicita la identificación de las acciones o actitudes de ambos: Pedro habla como habla Satanás; y (2) La BdelO, por su parte, elimina toda identificación personal y traduce la palabra griega no como nombre propio sino por su significado. Y que no es nombre propio lo deja claro al no poner la mayúscula inicial: Pedro, con su exabrupto –¡Que nada de esto te pase, Señor!–, está actuando como adversario de Jesús al pretender que a este no le suceda lo que ha dicho que va a sucederle. La *Biblia del Cántaro* (BdelC) mantiene la misma palabra (“adversario”).

En cuanto a Jn 6.70, casi todas las diferentes versiones dicen lo mismo pues utilizan términos que pueden considerarse sinónimos (demonio/diablo) precedidos por el artículo indefinido. (“Diablo” proviene del griego a través del latín

[διάβολος>*diabolus*]; lo mismo sucede con “demonio” [δαίμόνιον>*daemonium*]). Pero también hay, en las citadas traducciones, dos excepciones: (1) el NT-MS interpreta la palabra griega διάβολος no como referida a un “personaje” que se conoce como “diablo” o “demonio”, sino que lo hace por el significado de la palabra, especificado este por lo que Judas va ejecutar en fecha posterior: “traicionero”; y (2) la BdelO elimina el artículo indefinido.

Respecto del texto de Mateo, ya hemos expuesto nuestra interpretación. En cuanto al de Juan, consideramos que se trata de algo similar: aunque de manera algo diferente, tanto la traducción de Mateos y Schökel como la BdelO, indican que no se trata de que Judas sea literalmente la encarnación del diablo (o de “un” diablo), sino de que actúa como se prefigura en el significado del término: como un traicionero, que no solo es “calumniador” sino que lleva a efecto su calumnia.

(3) Otra historia, en la que se involucra a Judas, le plantea al intérprete bíblico algunas serias dificultades. Es la siguiente, de la que transcribimos a continuación la sección pertinente, en la versión de Marcos:

3Estaba Jesús en Betania, en casa de un tal Simón, a quien llamaban el leproso. Mientras se hallaba sentado a la mesa, llegó una mujer que llevaba en un frasco de alabastro un perfume de nardo auténtico y muy valioso. Rompió el frasco y vertió el perfume sobre la cabeza de Jesús. 4Molestos por ello, algunos comentaban entre sí: “A qué viene tal derroche de perfume? 5Podía haberse vendido este

perfume por más de trescientos denarios y haber entregado el importe a los pobres". Así que murmuraban contra aquella mujer. Pero Jesús les dijo:

—Déjenla.

(Mc 14.3-6a)

De este relato, encontramos paralelos en Mateo (26.6-13) y Juan (12.1-8). Ambos coinciden con Marcos en que la escena tuvo lugar en Betania. Además, la primera parte es muy parecida en las tres narraciones, excepto por algunos otros detalles menores que podemos pasar por alto. Sin embargo, al comparar las tres historias en su totalidad, sorprende encontrar algunas diferencias importantes, que pasamos a señalar.

Mateo, como Marcos, sostiene que el suceso ocurrió en casa de Simón, "a quien llamaban leproso" (el texto griego dice, en ambos Evangelios, "Simón el leproso", lo que indica que era muy probable que lo había sido, o que el apelativo era solo un apodo). Sin embargo, mientras que Marcos ha afirmado que *algunos*, enojados, "comentaban entre sí" acerca del derroche que se hacía, Mateo sostiene que la acción de la mujer "molestó a los discípulos", que expresan la misma idea en cuanto a vender el perfume para ayudar a los pobres.

Juan, por su parte, informa que todo tuvo lugar en la casa donde vivía Lázaro ("el mismo a quien Jesús había resucitado de entre los muertos": 12.1). Marta servía la mesa y María, su hermana, fue la que ungió, no la cabeza (como dicen Marcos y Mateo) sino los pies de Jesús (como hizo la otra mujer de quien se habla en Lc

7.36-50).

Aparte de esos cambios, hay otro mucho más significativo, pues se relaciona de manera directa con Judas. Continúa narrando Juan:

4Entonces Judas Iscariote, el discípulo que iba a traicionar a Jesús, se quejó diciendo:

5—Este perfume ha debido costar el equivalente al jornal de todo un año [en griego: trescientos denarios]. ¿Por qué no se ha vendido y se ha repartido el importe entre los pobres?

6En realidad, a él los pobres lo traían sin cuidado; dijo esto porque era ladrón y, como tenía a su cargo la bolsa de dinero, robaba de lo que depositaban en ella.

7Jesús le dijo:

—¡Déjala en paz!

Respecto del reclamo que se hace, resulta intrigante el cambio en la identificación de los que protestan: "algunos" (Marcos), "los discípulos" (Mateo), "Judas Iscariote" (Juan).

Y por primera vez se dice de Judas que era ladrón y que acostumbraba robar (o sea: era ladrón consuetudinario).

Este comentario contrasta de manera clara con otro, que, extrañamente, aparece poco más adelante, en el mismo Evangelio, y que tiene que ver con las palabras que Jesús le dirigió a Judas después que le entregó el bocado de pan. En efecto, le dijo: "Lo que vas a hacer, hazlo cuanto antes" (13.27b). ¿Qué pensaron de estas palabras los otros discípulos que estaban sentados a la mesa? Se expresa, también

con claridad, y casi de inmediato, en ese mismo relato:

28Ninguno de los comensales entendió por qué Jesús le dijo esto. 29Como Judas era el depositario de la bolsa, algunos pensaron que le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o que diera algo a los pobres”.

Aquí leemos, primero, que nadie entendió el significado de las palabras de Jesús. Y luego, no obstante, que “algunos” (de los once), que al parecer no eran malpensados, no solo no sabían que Judas era ladrón, sino que, al contrario, creían que de la bolsa de que era depositario, Judas de verdad ayudaba a los pobres.

Eso nos obliga, a quienes estudiamos el texto bíblico, a hacernos unas preguntas algo incómodas: ¿Era Judas, de verdad, ladrón? Si de verdad lo era, ¿no había sido descubierto por sus once compañeros de misión, a lo largo de tres años de andar juntos y con Jesús? ¿No lo sabía el propio Jesús, que le permitió, durante todo ese tiempo, estar a cargo de la bolsa? Y si no lo era, ¿de dónde salió la acusación?

Es cierto que el Evangelio de Mateo informa que, cuando Judas fue a donde los sacerdotes, les preguntó qué le darían por entregarles a Jesús (26.14-15). Pero ello no solo no implica que fuera ladrón, sino que, además, podría interpretarse de diversas maneras. Más adelante nos referiremos a este asunto.

Consideramos que lo que dice Juan corresponde, más bien, a los detalles adicionales que a lo largo de bastantes

años la tradición fue añadiendo a lo que debió ser el relato de lo que originalmente sucedió. Conocemos muy bien la tendencia humana, que se expresa en el dicho de “hacer leña del árbol caído” o en el otro que habla de “dar patadas a quien ya está en el suelo”. La “caída final” de Judas fue, a los ojos de los seguidores de Jesús, de tal magnitud que la impronta de “traidor” quedó grabada en él de manera indeleble, incluso cuando ya habían transcurrido muchos años. De ahí que no sea nada sorprendente que a lo largo de esos años fueran atribuyéndosele acciones o relaciones tales que aumentarían, a los ojos de quienes leían u oían esos relatos, el desprecio hacia ese personaje. De ello dan claro testimonio los escritos denominados apócrifos. Por ejemplo, el *Evangelio árabe de la infancia* –datado por los especialistas en el siglo V–, sostiene que Judas, cuando era pequeño, había sido poseído por el demonio e incluso había intentado morder al niño Jesús, pero como no pudo, lo golpeó “en el costado derecho” (!). Y en la *Declaración de José de Arimatea* se sostiene que Judas no era “discípulo sincero”. “La quema de Judas”, a la que nos referimos al comienzo de este artículo, es parte de esa tradición.

No olvidemos algo ya señalado: el Cuarto Evangelio se escribe, tal como lo conocemos, más de sesenta años después de los acontecimientos en él narrados.

4. Suicidio de Judas

De los cuatro evangelistas, solo Mateo narra la muerte de Judas (27.3-5). Pero en

Hechos, en lo que constituye lo que puede considerarse el primer discurso de Pedro, ante un grupo de unas ciento veinte personas, encontramos otra versión que incluye datos adicionales (1.15-27). Veamos lo que dicen las secciones pertinentes de estos textos:

De Mateo:

3Entretanto, Judas, el que lo había entregado, al ver que habían condenado a Jesús, se llenó de remordimiento y fue a devolver las treinta monedas de plata a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos, 4diciendo:

—¡He pecado entregando a un inocente!

Ellos le contestaron:

—Eso es asunto tuyo y no nuestro.

5Judas arrojó entonces el dinero en el Templo. Luego fue y se ahorcó.

De Hechos, las partes que tienen que ver con nuestro análisis:

15Uno de aquellos días, Pedro, puesto en pie en medio de los hermanos, que formaban un grupo de unas ciento veinte personas, habló como sigue:

16—Hermanos, tenía que cumplirse lo que el Espíritu Santo anunció de antemano en la Escritura por medio de David, referente a Judas, el guía de los que detuvieron a Jesús. 17Era uno de los nuestros y había tomado parte en nuestra tarea. 18Pero después, con el producto de su delito, compró un campo, se tiró de cabeza desde lo alto y reventó por medio, desparramándose todas sus entrañas. 19Este suceso se divulgó entre todos los

habitantes de Jerusalén, por lo cual llamaron a aquel lugar, en su propio idioma, Hacéldama, es decir “campo de sangre”.

[...]

21Se impone, por tanto, que alguno de los hombres que nos acompañaron [...] 22...se agregue a nuestro grupo para ser con nosotros testigo de su resurrección.

[...]

24Luego hicieron esta oración: “Señor, tú que conoces a todos en lo íntimo de su ser, manifiesta a cuál de estos dos has escogido 25para que ocupe, en este ministerio apostólico, el puesto del que renegó Judas para irse al lugar que le correspondía”.

Es obvio que estos dos relatos corresponden a tradiciones diferentes, pues contienen algunas afirmaciones que no pueden armonizarse. Los intentos armonizadores resultan, a todas luces, artificiosos.

Considérense estas diferencias: (1) Mateo afirma que Judas tiró las treinta monedas en el Templo, y fueron los sacerdotes quienes no solo decidieron qué hacer con ese dinero, sino que lo hicieron. En su discurso en Hechos, Pedro sostiene que, “con el producto de su delito”, fue Judas quien compró un terreno. (2) Según Mateo, Judas, casi de seguido, “fue y se ahorcó”. Hechos, por su parte, explica que en la propiedad que había comprado (hemos de entender que era un terreno escarpado), Judas se tiró de cabeza y se reventó. (3) Mateo explicita que Judas sintió “remordimiento” (el verbo *metamelomai* –

μεταμέλομαι– significa “arrepentirse”, “sentir pesar”, “cambiar de idea”). Hechos no dice nada respecto de los sentimientos de Judas. (4) En su relato, en Hechos, Pedro reconoce los aspectos positivos de la vida de Judas (“Era uno de los nuestros y había tomado parte en nuestra tarea”), mientras que Mateo se limita a calificarlo como “el que lo entregó”.

Pero lo del suicidio en tanto tal, requiere así mismo algunas otras dilucidaciones.

El acto mismo no aparece explícitamente (¿ni implícitamente?) condenado en la Biblia. Así parece desprenderse de los relatos de los seis casos concretos que se mencionan en las Escrituras hebreas. Los de Abimelec (Jue 9.50-54); Sansón (Jue 16.28ss); Saúl (1 S 31.4); el escudero de Saúl (1 S 31.5); Ahitofel (2 S. 17.23); Zimri (1 R 16.18). En el Nuevo Testamento tenemos el caso de Judas, al que nos referiremos luego.

Debe tenerse presente que en las culturas en las que se escriben esos textos, el suicidio, en determinadas circunstancias, constituía un acto de honor. Para los militares israelitas y, sobre todo, para sus oficiales, era más honorable morir por mano propia que por la espada de un incircunciso. Es, *mutatis mutandis*, la misma percepción de ese acto que encontramos en la práctica del harakiri, en la cultura japonesa.

Pero también se ha dado, y se da, otro caso: el de quienes, al parecer sin arrepentirse, prefieren huir de la justicia humana y de la vergüenza y el deshonor que, ante la sociedad, le provocan sus acciones previas. Y lo hacen quitándose la

vida. En la historia de Hispanoamérica tenemos casos, de fechas algo recientes, que no es necesario comentar.

Dejamos aparte otras situaciones, por considerar que no inciden en nuestra reflexión. Nos referimos a los casos de suicidios de personas que han perdido, por las razones que hayan sido, el control de su mente o de sus propios sentimientos, o que toman esa decisión por enfrentar situaciones insostenibles provocadas por agentes externos (como los acosos – *bullying*– que sufren en la actualidad incluso niños y adolescentes).

¿En qué categoría habría que ubicar a Judas?

Si aceptamos el doble significado de la palabra griega a la que antes nos hemos referido (arrepentimiento/remordimiento) no podemos afirmar de manera categórica que Judas no se arrepintió. El problema no radicó ahí. Se haya arrepentido o no, el hecho, que se desprende de los relatos del Nuevo Testamento, es que no pidió perdón, en persona, a aquel a quien había traicionado, y prefirió acabar con el problema acabando con su vida. Quizás haya pensado que lo que había hecho era abominable a tal grado que hacía imposible el perdón o acaso haya sentido que debía castigarse a sí mismo. No nos corresponde a nosotros determinarlo.

Una última pregunta nos inquieta. Según el relato de Hechos, se realizó una reunión de seguidores de Jesús a la que habían asistido alrededor de ciento veinte personas. Iban a decidir quién tomaría el lugar de Judas. Allí propusieron a dos candidatos. Antes de “echar suertes” para

la elección, hacen una oración. No se especifica quién la dirigió (aunque unas variantes del texto griego dicen que fue Pedro, quien hizo, además, la propuesta de los candidatos). Haya sido quien haya sido, la terminó refiriéndose al puesto del que renegó Judas "para irse al lugar que [o: a donde] le correspondía" (1.25) Así traducen LP y la mayoría de las versiones consultadas (como DHH-EE, RVC, LPD, *Biblia de las Américas* [BA]). Pero se han propuesto otras traducciones.

Unas dicen lo mismo, aunque varían un poco el lenguaje, como: "para irse a su [o: a su propio] lugar" (*Santa Biblia*. Traducción de Casiodoro de Reina revisada por Cipriano de Valera. Revisiones de 1909, 1960 y 1995 [R-V]); "y se ha ido al lugar que le corresponde" (*Santa Biblia. Nueva traducción viviente*, [NTV]). También se especifica que "le corresponde" como merecimiento, como consecuencia de su traición: "para irse al lugar que merecía" (NT-POV); "para ir a su destino" (*Sagrada Biblia*. Ediciones Universidad de Navarra, SB-UN).

Para otros traductores, no se trata de "lugar" sino de "posición, puesto". En contraposición al cargo que el propio Judas había ocupado antes (se ha de elegir a alguien para que "ocupe el puesto [τόπον] que dejó Judas"), se afirma que lo dejó "para marcharse a su propio puesto" (SB-CEE) (o: "para marcharse al [τόπον] que le correspondía" [NT-MS]).

Como puede notarse, se incluyen, en estas diversas versiones, las ideas de "lugar", "posición", "destino", "merecimiento" (como castigo). Esta última idea parece

estar comprendida en la expresión "que le correspondía".

¿Qué dice, no obstante, el texto griego de Hch 1.25?

(1) En algunos manuscritos de este versículo hay una variante textual en el primer uso de la palabra *topon* (τόπον=lugar, puesto, región, oportunidad). En su lugar algunos tienen la lectura *klēron* (κληρον=suerte, herencia, parte, parcela, participación), quizás por influencia del v. 17. Pero el peso textual está a favor del primero de esos vocablos. (2) Traducida literalmente, esta parte del versículo dice así: "para ir a su propio lugar". Pero como ya se ha indicado, la palabra *topos* aparece, además, al principio del verso 25, para referirse a "la parte" ("el oficio", "la suerte", "el ministerio", "el cargo"...) que había ocupado Judas antes de su traición (a lo que Pedro se había referido en su discurso). ¿Serán correlativos los dos usos de este mismo término, referidos a "un antes" y a "un después"? (3) No podemos afirmarlo de manera categórica, pero nos queda la impresión de que algunas de las traducciones consultadas (¿o casi todas?) apuntan a una dimensión escatológica del segundo uso de *topos* (o sea: al lugar o estado de condenación de aquel suicida). (4) Por lo anterior, llama la atención lo que hizo Casiodoro de Reina en la *Biblia del oso* (BdelO). En efecto, él tradujo muy al pie de la letra la última parte de ese versículo: "del cual rebelló Judas por irse a su lugar". (Nota: Hemos citado de la edición publicada por Ediciones de Alfaguara. En cuanto a "rebelló", en la segunda edición,

la de la *Biblia del Cántaro* (BdelC) –revisión que, de aquella traducción, hizo Cipriano de Valera–, se lee “rebeló”). Pero en ese versículo, Reina remite a una nota al margen, nota que, a la letra, dice así: “Para ejecutar el oficio de traidor que le era más propio”. En otras palabras, para el Traductor (como Valera –que mantiene esa nota– se refiere a Reina), *topos* no tiene que ver con “lugar”, en sentido primario, sino con “ministerio”; el orante de esa ocasión tampoco se refería al “destino” final que Judas se merecía (es de suponer que se trataría de la condenación), sino a ejercer una “función” distinta: el “oficio” de traidor (por supuesto, nada encomiable). Si Reina tenía razón, como nos parece, sería una correcta interpretación del texto afirmar que Judas abandonó el ministerio de apostolado que había ejercido junto a sus compañeros, “para ir a lo suyo”; o sea, para asumir otro “ministerio”, para hacer lo que tenía planeado.

¿Y qué era lo que tenía planeado el apóstol Judas?

5. De regreso a la “traición”

¿Qué llevó a Judas a convertirse en “traidor”?

Ya hemos mencionado dos textos de los Evangelios que relacionan de manera directa y negativa a Judas con el dinero: el de Mt 26.15 y el de Jn 12.6.

Respecto de las palabras en Mateo, se da por sentado que cuando Judas pregunta por la recompensa que recibiría si se aceptaba su propuesta, tal recompensa sería en dinero contante y sonante. Aceptado que hubiera sido así, de eso no

se deduce necesariamente que lo que lo movió a hacer lo que a fin de cuentas hizo haya sido la ganancia crematística que obtendría de ello. Esta afirmación la fundamentamos en las siguientes consideraciones:

A pesar de la acusación de “ladrón” que le endilga el Cuarto Evangelio, no parece que el dinero haya sido el motivo que impulsó al apóstol a abandonar esa vocación apostólica para ir a entregar a su Maestro a las autoridades religiosas de su pueblo. Consideramos que el conjunto de datos que hemos mencionado, tanto de los cuatro Evangelios como del libro de Hechos, dan muestras suficientes de que las treinta monedas de plata no fueron razón suficiente para explicar su “traición” (no importa si luego las tiró en el Templo o si las usó para comprar un terreno y suicidarse en él, según las dos tradiciones). (Véase más adelante lo que decimos de la visita de Judas a los jefes de los sacerdotes).

Es interesante que su desprendimiento de ese dinero ocurre, según el relato de Mateo, apenas se entera de que la suprema jerarquía religiosa ha condenado a Jesús. Dos detalles llaman la atención: *primero*, que Judas no “vende” a Jesús ante el representante de Roma –en este caso, Pilato–, que era el único que podía autorizar que se llevara a cabo la ejecución de un condenado a muerte..., sin necesidad de que las más altas autoridades religiosas judías se lo pidieran; y *segundo*, que Judas reconoce su “equivocación” – “He pecado entregando a un inocente”, dijo–, no cuando Pilato toma su decisión,

sino cuando la tomaron “los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo” (27.1). El análisis de estos pasajes parece apuntar a que Judas no esperaba –ni deseaba– que llegaran a condenar a Jesús al patíbulo, pues él sabía muy bien que ese sería el destino de alguien perseguido por los poderes religiosos fácticos de su pueblo (aunque estos, para hacer cumplir su decisión condenatoria tuvieran que conseguir la anuencia y autorización del representante del Imperio).

Entonces, ¿qué esperaba? ¿Qué perseguía con su acción?

La clave está, creemos, en el concepto de “reino de Dios” que ellos –Judas al igual que los otros once–, se habían formado al oír a Jesús y, muy especialmente, al ver lo que Jesús hacía: se ponía del lado de los más necesitados (enfermos, ciegos, paráliticos, cojos y mancos, leprosos, lunáticos, endemoniados, mujeres, niños, ancianos, viudas y huérfanos, jornaleros, pordioseros, extranjeros...) y fustigaba hasta el insulto a quienes se sentían superiores a los demás y usaban su posición, incluidas las oportunidades que les ofrecía la religión, para expoliar a esos despreciados y ninguneados. ¿No era esa la visión que el pueblo se había formado acerca del esperado “Mesías” y del “reino” que iba a establecer? A fin de cuentas, ¿no era eso mismo lo que habían pretendido, usando la violencia militar, los “mesías” que se habían levantado antes de Jesús (y los que surgirían después)? ¿No se deducía todo ello de ciertas profecías que se leían en el Libro Sagrado?

El problema se complica porque hay unos textos en los Evangelios Sinópticos que no

solo admiten más de una interpretación, sino que podrían dar pie a que algunos pensaran que Jesús mismo pudo alentar esa imagen de aquel “reino” cuya cercanía y presencia anunciaba. Se trata, en un caso, de palabras pronunciadas por el propio Maestro en presencia de sus discípulos (según Mateo) o dirigidas a los fariseos (de acuerdo con el relato de Lucas). En otro, eran parte de la enseñanza a sus discípulos (aunque ambos evangelistas la colocan en contextos diferentes). (Añadamos que algunos estudiosos consideran que eran parte del llamado “Documento Q”). Nos referimos a estos textos:

(1) Mateo 11.12-13:

Desde que vino Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos es objeto de violencia y los violentos pretenden arrebatarlo. Así lo anunciaron todos los profetas y la ley de Moisés hasta que llegó Juan.

Lucas 16.16:

La ley de Moisés y las enseñanzas de los profetas tuvieron plena vigencia hasta que vino Juan el Bautista; desde entonces se anuncia el reino de Dios y todos se oponen con violencia a él.

Y

(2) Mateo 19.28:

Jesús le respondió:

—Les aseguro que el día de la renovación de todas las cosas, cuando el Hijo del hombre se sienta en su trono glorioso, ustedes, los que me han seguido, se sentarán también en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Lucas 22.28-29:

Pero ustedes son los que han permanecido a mi lado en mis pruebas. Por eso, yo quiero asignarles un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que coman y beban en la mesa de mi reino, y se sienten en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

El texto de Mateo 11 es de muy difícil interpretación, y diversas versiones a nuestro idioma lo han traducido con significados muy diferentes. Dejemos de lado, para efectos de este trabajo, tales dificultades, pues nos interesa sobre todo responder a la siguiente pregunta: Interpretéense como se interpreten todos estos cuatro pasajes, ¿no dejarían de significar para la mayoría de sus oyentes que el propio Jesús alentaba esa visión del reino a la que ya nos hemos referido? Esas promesas que él hace, de “banquetes” en su reino y de “juicio” sobre las naciones, ¿no parecen apuntar hacia eso mismo?

Que los otros once pensaban igual (aunque quizás entre ellos hubiera alguna excepción) lo muestra el hecho de la violencia que usaron al principio, y que Jesús paró, cuando los guardias del Templo fueron a aprehender al “revoltoso” predicador galileo. Y lo ratifica lo que sucedió con ellos al consumarse la muerte del ajusticiado y al ser sepultado: esos once se habían llenado de temor durante aquellos “tres” días y, desilusionados, se habían dedicado a sus asuntos particulares. El mismo estado de ánimo se revela en la dramática conversación de aquellos dos decepcionados discípulos que, sin haberse enterado de lo sucedido últimamente, iban

camino a Emaús y no habían identificado a su acompañante. El texto del diálogo es revelador: cuando hablan de sus expectativas todos los verbos que usan están en pasado. Y ellos lo hacen explícito: “Nosotros teníamos la esperanza de que él iba a ser el libertador de Israel, pero...”-. La ilusión cede el paso a la desilusión.

Ítem más: Tampoco los once quisieron creer el testimonio de las mujeres cuando, por fin, les dieron la buena nueva de que Jesús estaba vivo. Más tarde, ante la evidencia que se les da, diez de ellos creen, y el undécimo se sigue resistiendo a creer y demanda pruebas contundentes. El Jesús resucitado se muestra, con ellos, condescendiente y paciente. Y esa paciencia dio resultado, en particular luego de lo que ocurre en Pentecostés. La convicción de la presencia del resucitado destruye sus propias concepciones, los transforma y los convierte de pusilánimes, miedosos y cobardes, en arrojados y valientes. Muchos de ellos mostraron esa transformación refrendando su testimonio con el martirio.

Y ya que hemos mencionado a los discípulos que van a Emaús, otro detalle salta a la vista: Ellos le contestan a aquel desconocido la pregunta que, haciéndose el despistado, les ha lanzado respecto de lo acontecido durante aquellos días. En su resumen, le explican que Jesús fue “entregado”, pero no mencionan a Judas y su traición, sino que se refieren a los principales sacerdotes y a los jefes del pueblo como los responsables de la “entrega” de Jesús a Pilato, para que este ratificara la petición que le habían hecho de condenar a muerte al Nazareno.

La traición de Judas, ¿fue, acaso, un intento de hacer realidad su visión del reino? ¿Pensaría, quizás, que si colocaba a Jesús en una situación límite lo obligaría a actuar según él (Judas) pensaba que debía actuar? ¿Recurriría, entonces, Jesús a aquellas “legiones de ángeles” que, con toda seguridad, tendría a su disposición? ¿No había dicho el propio Jesús que “el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos se hacen con él”? (Mt 11.12, BJ-NE). Colocado Jesús en esa coyuntura, ¿no se vería forzado a establecer el reino a la fuerza y expulsar así de la tierra sagrada de Palestina, y para siempre, a los incircuncisos romanos que la habían hollado?

Pero Judas, en su desesperación al ver frustradas sus esperanzas, no tuvo ni paciencia ni paz. El remordimiento por la enormidad de lo que él mismo había reconocido como “pecado” le robó el valor que necesitaba para pedir perdón. Ello se agrava por el hecho de que, en las culturas del Mediterráneo, el concepto de “honor y vergüenza” era fundamental en la vida de muchas personas. Ya, al principio de este artículo, mencionamos algo al respecto: para muchas personas era mejor morir que vivir cargando con la deshonra. Para Judas, ambos aspectos hacían insoportable su situación. Por eso, puso fin a su problema y a su historia personal poniéndole fin a su propia vida.

6. Previo a la conclusión

Hay algunas observaciones que nos falta hacer y algunas preguntas a las que intentaremos dar respuestas, aunque estas sean provisionales.

Observaciones

En el contexto del género literario llamado “evangelio”, destaca cierto realismo que se manifiesta en las narraciones de los textos canónicos, en particular en relación con el trato de los personajes principales y en el sentido de que no se ocultan sus fracasos, falencias y pecados. Esto es válido, y de manera sobresaliente, en la manera como se “retrata” a los doce que constituyeron el grupo de los apóstoles originales. Aunque algo de eso hemos apuntado en lo que hemos dicho, repasemos los relatos:

(1) Los Evangelios revelan que hubo cierta rivalidad entre todos los apóstoles, pues estuvieron discutiendo acerca de cuál de ellos ocuparía el puesto más importante cuando se estableciera el reino proclamado desde el principio de su ministerio por el predicador galileo..., e intentaban que Jesús no se enterase de esas desavenencias. Suponemos que tales discusiones se suscitaron en más de una ocasión. Es más, observamos cierta discrepancia en los Evangelios cuando, en la narración de un mismo hecho, se nos dice, en una parte –como ya hemos mencionado–, que los hermanos Santiago y Juan le pidieron a Jesús que les concediera ese privilegio (Mc 10.35: “Santiago y Juan... se acercaron a Jesús...” y, en otra, que fue la madre de esos dos apóstoles quien le presentó a Jesús esa misma petición. (Mt 20.20: “Por entonces se presentó a Jesús la madre de Santiago y Juan...” (Duda: ¿lo hizo ella *motu proprio* o fue enviada por sus hijos?).

(2) Todos los apóstoles –los doce, incluido Judas– mostraron, en diversos momentos

durante todo el tiempo que estuvieron con Jesús, que no habían comprendido cuál era la naturaleza del reino que el Maestro proclamaba y del que daba continuas manifestaciones, con sus acciones y en sus enseñanzas. Y de manera muy concreta, nunca comprendieron, hasta después que se habían consumado los hechos, que el Mesías que habían confesado tenía que sufrir y morir... Eso no encajaba en la comprensión que ellos tenían tanto del mesiazgo como del reino esperado, a pesar de que Jesús se lo había manifestado, reiterada y abiertamente, a todos ellos. Estaban como aherrojados en su visión triunfalista de lo que percibían como acontecimientos "finales" y de lo que ellos mismos percibirían. Era, por cierto, expresión de una corriente mesiánica que albergaba buena parte del pueblo judío de la época. Incluso después de la resurrección, los once apóstoles, que no consideraban que habían sido "traidores", siguen manteniendo esa misma "esperanza". Por eso, le lanzan a Jesús esta nostálgica pregunta: "Señor, ¿vas a restablecer en este momento el reino de Israel?" (Hch 1.6, DHH-EE). ¡Interesante! Ya no se trata del reino de Dios (o reino de los cielos), sino del "reino de Israel". (Es lo mismo que había hecho la multitud, según se afirma en los relatos de Marcos y Mateo, de la llamada "Entrada triunfal": Marcos pone en labios de la gente que aclama a Jesús la expresión "el reino de nuestro padre David" y Mateo dice que esa misma multitud decía "¡Viva el hijo de David!"). Ante la pregunta que le hacen los once, Jesús resucitado les da una respuesta contundente: "No es cosa de ustedes

saber la fecha o el momento que el Padre se ha reservado fijar" (v. 7). En plata: "No se metan en lo que nos les importa".

(3) Recordemos: Cuando se produjo el acontecimiento radical que habría de empezar a cambiar la vida de sus discípulos de manera significativa –la resurrección de Jesús–, al principio los propios apóstoles, ya sin Judas, no quisieron dar crédito al primer testimonio, "de primera mano", que recibieron de esa buena nueva. Y no lo creyeron, sencillamente, porque lo habían transmitido mujeres. Eso, a pesar de que fue el propio Resucitado quien les había encomendado, a ellas, que dieran la sorprendente noticia a los sorprendidos varones apóstoles. Estos, al rechazar que las mujeres pudieran ser testigos confiables –manifestando así que seguían siendo esclavos de su cultura–, no las creyeron porque, además, consideraron que tal noticia era *una locura* (Lc 24.8-11; véase también: Mc 16.7; Mt 28.7-8; Jn 20.17-18). Ya no recordaban que el propio Jesús los había puesto sobre aviso con mucha anticipación.

Preguntas

(1) La palabra griega traducida por "traidor" es *prodotēs* (προδότης). En los primeros cinco libros del Nuevo Testamento, dicha palabra se usa solo dos veces, y por el mismo autor: Lc 6.16 (cuando el evangelista narra la elección de los Doce y califica con ese término a Judas) y Hch 7.52 (cuando el mismo Lucas registra el discurso de Esteban: 7.2-53).

En ese discurso, quien estaba a punto de convertirse en el protomártir del

cristianismo se dirige a sus oyentes llamándolos “Varones hermanos y padres” (palabras interpretadas en LP con este significado: “Hermanos israelitas y dirigentes de nuestra nación”). Después de hacer un apretado resumen de la historia de su pueblo, les lanza esta especie de diatriba (que transcribimos de la DHH-EE):

51 Pero ustedes –siguió diciendo Esteban– siempre han sido tercos, y tienen oídos y corazón paganos. Siempre están en contra del Espíritu Santo. Son iguales que sus antepasados. 52 ¿A cuál de los profetas no maltrataron los antepasados de ustedes? Ellos mataron a quienes habían hablado de la venida de aquel que es justo, y ahora que este justo ya ha venido ustedes lo traicionaron y lo mataron.

Añádase a todo esto que el propio Pedro, en su discurso en casa de Cornelio (según se registra en Hechos 10), habla del ministerio de Jesús y de su muerte en “un madero”, sin la menor referencia a la traición. A Judas ni siquiera lo mencionan.

(2) “Traidor” es el que traiciona o el que comete traición. Pero ¿cómo se definen las palabras “traicionar” y “traición” en nuestro propio idioma?

De **traicionar**, el DLE dice: “1. Cometer traición. / 2. Fallar a alguien, abandonarlo”. Y de **traición**: “Falta que se comete quebrantando la fidelidad o lealtad que se debe guardar o tener”. Pero otros diccionarios amplían esas definiciones. En las partes pertinentes y en lo que no es del todo igual al DLE, dicen así: El DEA, en **traicionar**: “[...] 2. Engañar (algo o a alguien). [...] 4. Delatar involuntariamente

(algo o a alguien)”. Y en **traición**: “[...] b) Falta grave que se comete contra la patria, especialmente sirviendo al enemigo”. Y en el DUE, leemos: **traicionar**: “2. Engañar a alguien su buena voluntad haciéndole creer que puede realizar lo que en realidad no puede. • Fallar. • Abandonar o fallarle a alguien cierta cosa en un intento”. **Traición**: “1. Deslealtad. Infidelidad.

Comportamiento de una persona que engaña o hace daño a un amigo o a otra persona que ha depositado en ella su confianza. 3. Alevosía. Manera de causar daño a otro cuando se hace por la espalda ocultándose o de cualquier otro modo que imposibilita la respuesta del atacado”.

(3) A la luz de esos significados, cuando hablamos de “la traición de Judas” nos surgen las siguientes inquietudes relacionadas con el asunto que analizamos:

– Los once apóstoles habían permanecido con Jesús en Getsemaní cuando llega Judas con los guardias del Templo y un tropel de gente armada con palos. La primera reacción de aquellos fue presentarles oposición, incluso violenta; pero luego, según el decir de los Evangelios, “todos los discípulos de Jesús lo abandonaron y huyeron (Mc 14.50; Mt 26.56). ¿No significa esa “huida” que también los once cometieron “traición”? (Nota: Juan dice que fue Jesús quien les pidió a los guardias que dejaran ir a los discípulos: 18.8; ¿un intento de “suavizar” la “traición”?).

– ¿No traicionó Pedro a Jesús cuando negó incluso conocerlo, y no una sino tres veces y hasta se puso a echar maldiciones y a

jurar? (Véanse estos versículos: Mt 26.72, 74. El verbo griego que LP traduce por “perjurar” significa propiamente “maldecir”, “echar maldiciones”, y así lo vierten otras traducciones).

—¿No volvieron a negarlo los diez apóstoles cuando, clavado ya Jesús en el instrumento de tortura, en la hora más aciaga de su agonía final, desaparecieron? Marcos dice que, además de algunos “que estaban allí” (15.35), “había también algunas mujeres contemplándolo todo desde lejos. Entre ellas se encontraban María Magdalena, María la madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé; eran las que, cuando Jesús estaba en Galilea, lo habían seguido y atendido. Y había también otras muchas que habían venido con él a Jerusalén” (15.40-41). De los varones, no se menciona el nombre de ninguno. (Sin embargo, Lucas hace una afirmación más general: “todos los que conocían a Jesús y las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea, se quedaron allí, mirándolo todo de lejos”: 23.49; y Juan añade el dato de que al pie de la cruz estaban María, la madre de Jesús, María la mujer de Cleofas y María Magdalena, y “el discípulo a quien tanto quería”: 19.25-26).

(4) Como ya hemos destacado, tanto Marcos como Mateo y Lucas (o sea: los Sinópticos) se refieren a Judas por nombre y por primera vez, cuando Jesús lo escogió para que fuera uno de los privilegiados discípulos a quienes denominó “apóstoles”. Excepto por referencias generales en las que hemos de implicar a Judas, aunque no se lo mencione por

nombre (como hemos comentado con cierto detalle), ese apóstol solo aparece de nuevo con nombre propio en los relatos de la Semana de la Pasión. Entra, entonces, en contubernio con los jefes de los sacerdotes y pone manos a la obra buscando cuándo sería la mejor ocasión para hacer realidad sus planes. En cuanto a los arreglos crematísticos, hay una cierta discrepancia en los relatos de los Evangelios Sinópticos: Mateo dice que Judas les hizo esta pregunta a los jefes de los sacerdotes: “¿Qué recompensa me darán si les entrego a Jesús?” (26.15), mientras que Marcos sostiene que fueron esas autoridades religiosas las que le “prometieron darle dinero a cambio” (14.10-11). Lucas sigue la tradición de Marcos (22.5).

Algo más sorprende: ¿Por qué, al mencionarlos por vez primera, se califica con una expresión peyorativa solo a Judas y no, con expresiones negativas semejantes, a los otros apóstoles que, de manera flagrante, le habían fallado así mismo a Jesús, y muy gravemente, tanto por lo que hicieron como por el tiempo en que lo hicieron? ¿Por qué, en la enumeración de los doce por nombre, no se dice, por ejemplo, algo así: “Pedro, el que lo había de negar tres veces”; o: “Tomás, el que se rehusaba a creer en la resurrección de Jesús”?... Resulta significativo que, en los Evangelios, se mencione el nombre de Judas solo al comienzo y al final del ministerio de Jesús. En el entretanto, ese hombre no desaparece; pero sí su nombre. No obstante, hay que señalar, para hacer justicia, que esa falta de mención de

nombres específicos afecta de igual manera a otros apóstoles...

En relación con este mismo asunto, otro dato merece que le prestemos atención. En las narraciones finales, desde la llamada "Entrada triunfal" hasta la muerte de Jesús, los Sinópticos mencionan *por nombre* a los siguientes discípulos: Pedro, Santiago, Juan, Andrés, Judas y "un tal Simón". Nos interesa destacar lo que dicen de Pedro y de Judas. (a) de **Pedro**: pregunta a Jesús cuándo sucederá la destrucción del Templo; expresa su sorpresa por la higuera seca; Jesús le pide que prepare la Cena de Pascua; Jesús pide que su fe (de Pedro) no falte y él le hace promesa de fidelidad "hasta la muerte"; en Getsemaní; niega conocer a Jesús. (b) de **Judas**: Satanás entra en él; le prometen (o él pide) dinero por entregar a Jesús; pregunta a Jesús, en la Cena, si es él el que lo va a traicionar; identifica a Jesús con un beso al entregar a Jesús; se suicida.

Conclusiones

Resumimos algunos datos que hemos explicado a lo largo del presente escrito:

(1) Los testimonios que encontramos tanto en los cuatro Evangelios canónicos como en el libro de los Hechos responden a diversas tradiciones que se desarrollaron a lo largo del primer siglo, conforme el cristianismo fue extendiéndose a lo largo y ancho del imperio romano.

No hay que olvidar la importancia de la tradición oral en la transmisión tanto de

acontecimientos como de enseñanzas en la iglesia primitiva. Incluso dentro del Nuevo Testamento tenemos testimonios de ese hecho. Pueden citarse unos ejemplos: ¿Cómo obtuvo Pablo la información relativa a cómo celebró Jesús la última cena pascual? Como se ha demostrado ya desde hace muchos años, el lenguaje que utiliza Pablo en 1 Corintios 11 es el lenguaje técnico propio de la tradición ("recibí... he entregado"). Y en el discurso con el que Pablo se despide de los dirigentes de la iglesia en Éfeso, el apóstol les dice lo siguiente: "...y recordando las palabras del Señor Jesús, que dijo: 'Hay más bendición en dar que en recibir'" (Hechos 20.35, RVC). Y en ninguna parte de los Evangelios encontramos tal máxima.

Reiteramos que tales tradiciones, recogidas en esos escritos, representan el esfuerzo de las comunidades cristianas y de sus dirigentes por presentificar el mensaje de las buenas nuevas de Jesús a nuevas comunidades en nuevas situaciones, en nuevos contextos sociales y culturales (que incluían tanto un nuevo idioma –en el que se escribirían esos textos–, como nuevas costumbres, nuevas perspectivas históricas, nuevas necesidades, nuevas luchas...).

(2) Al leer esos diferentes relatos se percibe una cierta vacilación en la percepción de la personalidad de Judas. Para los Sinópticos, Judas es, desde el principio, "el que llegó a ser traidor" (en palabras de Lucas). Por su parte, Pedro, antes de decir que Judas entregó a Jesús, parece "hablar bien" de él, pues indica que perteneció al grupo de los Doce y participó en las tareas que el propio Jesús les había

encomendado. O sea, que Pedro distingue un antes y un después en la vida y ministerio de Judas. El "después" ni elimina el antes ni lo desmerece. Pero lo que había sido sí hace mucho más grave la culpa.

(3) Por eso, a la luz de lo que hemos señalado, según esas mismas narraciones canónicas, nos parece injusto que, desde el principio, se haga ese señalamiento estigmático y estigmatizador, como hacen los Sinópticos, explicable solo por la impronta con la que la acción final de aquel apóstol marcó a los demás seguidores del Nazareno. El Cuarto Evangelio remacha esa actitud al afirmar, en solitario, que Judas era ladrón.

(4) Pero, a la luz, también, de lo que destacamos acerca de los demás apóstoles, debemos concluir estas reflexiones con otro asunto que nos toca muy de cerca.

Antes de apuntar a Judas con nuestro dedo acusador y condenatorio, hagámonos las siguientes preguntas. En nuestra vida como cristianos,

–cuando hacemos lo que hizo Pedro en varias ocasiones, no dejando claro *con nuestras acciones y con nuestras palabras* que somos seguidores de Jesús, ¿no lo estamos negando y siendo también, de alguna manera, "traidores"?

–cuando usamos nuestro cristianismo para trepar hacia posiciones de poder, como si el reino que proclamamos fuera

precisamente eso, ¿no estamos negando a Jesús, el Siervo por excelencia, y siendo, así mismo, "traidores"?

–cuando quienes nos consideramos discípulos del Galileo nos peleamos entre nosotros mismos, ¿no lo estamos negando y siendo también "traidores"?

–cuando nos sentimos tan puros que no queremos ensuciarnos ni que nos ensucien al tocarnos, ¿no estamos negando a aquel que se dejó tocar no solo por personas despreciadas por los demás sino hasta por quienes eran consideradas inmundas? ¿No estamos siéndole "traidores"?

–¿No traicionamos a nuestro Señor al callar cuando deberíamos haber hablado? ¿o al evitar hacer el bien cuando deberíamos haberlo hecho? ¿o al comportarnos de cierta manera a sabiendas de que no deberíamos haber actuado así?

(5) Para cerrar estas reflexiones, una anécdota de la vida real:

Hace muchísimos años, escuché, de labios de un queridísimo amigo, un sermón sobre la parábola del fariseo y el publicano. No recuerdo muchos detalles de esa predicación, pero nunca se me ha olvidado su final. Mi amigo, el Rev. Herbert Tavenner, concluyó preguntándose quiénes son hoy los fariseos. Y comenzó a hacer una enumeración, no muy corta, por cierto. Al último grupo de "esos" fariseos que mencionó lo describió con las siguientes palabras: "Y fariseos somos todos nosotros, que acusamos a otros de ser fariseos".

¿No deberíamos aplicar eso mismo a "todos los traidores"? Y si es así, ¿cómo

nos atrevemos a apuntar el dedo acusador, inmisericorde y condenador, solo hacia Judas, quien, ciertamente, hizo mal, pero quien, con mucha probabilidad, consideraba que lo hacía en aras de un bien superior?

Quien lea –incluido el autor de estas líneas–, entienda. ♦

Tres Ríos, Costa Rica

Enero de 2020

Notas posfinales y "al margen"

A la luz de todo lo señalado a lo largo de este escrito, no deja de ser extraño que cuando Judas llega con la guardia del Templo para aprehender a Jesús y besa a este, Jesús lo llame "amigo": "Amigo, ¿a qué vienes?" (Mt 26.50, R-V). (Las traducciones más modernas prefieren traducir esta pregunta como afirmación: "Amigo, lo que has venido a hacer, hazlo ya": LP; "Amigo, adelante con tus planes": DHH-EE). Este evangelista es el único que usa este lenguaje.

Solo los Sinópticos mencionan el beso como "gesto de identificación". Juan calla ese dato del relato, lo cual podría explicarse por el hecho de que este Evangelio es el único que menciona tres viajes de Jesús adulto a Jerusalén, con ocasión de tres fiestas muy importantes. Los otros Evangelios mencionan una única visita, en la Semana de la Pasión.

Ahora bien, al registrar el apelativo de "amigo" que Jesús dirige a Judas, el texto griego no usa la palabra más común para "amigo" (o sea: φίλος=*filos*), sino otra que, en todo el Nuevo Testamento, aparece solo en el Evangelio de Mateo. Se trata de la palabra ἑταῖρος (*hetairos*).

En efecto, aparte de este texto referido a Judas, en ese Evangelio se usa ese término en dos otros casos. Se trata de sendas parábolas: la de los "Jornaleros contratados" (20.13: "Amigo, no te trato injustamente") y la de la fiesta de bodas que un rey ofrece a su hijo (22.12: "Amigo, ¿cómo entraste aquí sin traje de boda?").

En ambas parábolas, la palabra ἑταῖρος tiene un cierto tono de lejanía, con un algo

de ironía y de reproche hacia aquel a quien se la refiere. Se trata de una palabra que no refleja el auténtico sentido de una verdadera amistad. (Todo lo contrario se reflejó en la palabra "amigo" [φίλος] cuando Jesús la refirió a sus discípulos: Jn 15.15).

Si no estamos equivocados, ninguno de los otros escritores del Nuevo Testamento (identificables o no) aluden a Judas, ni directa ni indirectamente.

Y si pasamos un poco más acá del límite cronológico en que se enmarca todo el texto canónico de la llamada, por algunos, "Gran Iglesia", nos encontramos con un dato curioso que alguien ha señalado con una expresión no menos curiosa. En efecto, se ha dicho de Pilatos, que "entró en el Credo Apostólico por la puerta de atrás". De Judas, no podría decirse ni siquiera eso.

¿Cómo hemos de entender, aplicadas a nuestro personaje, las palabras a las que el redactor del Evangelio de Mateo parece haber sido aficionado, cuando afirmó, respecto de esos acontecimientos finales, lo siguiente: "¿cómo se cumplirían las Escrituras según las cuales las cosas tienen que suceder así? (26.54) y "todo esto sucede para que se cumpla lo que escribieron los profetas"? (26.56). ¿Estaba Judas, como persona, destinado, desde antes de su nacimiento, a ser el traidor? Al interpretar así las Escrituras, ¿se está afirmando que Dios mismo había decidido de antemano que aquel hombre llamado Judas Iscariote tendría que hacer lo que, a fin de cuentas, hizo? Y si fuera así, ¿sería, entonces, culpable? Esta interpretación literalista de

los textos bíblicos ha dado pie a interpretaciones que nos suenan extrañas, como la que se registra en el llamado, precisamente, *Evangelio de Judas*.

Textos usados

Nuevo Testamento griego. Editado por Barbara Aland, Kurt Aland, Johannes Karavidopoulos, Carlo M. Martini y Bruce M. Metzger. Quinta edición revisada. Stuttgart: Deutsche Bibelgesellschaft, 2014

Traducciones de la Biblia

BA *Biblia de las Américas*. La Habra, California: The Lockman Foundation, 1986

BdelC *Biblia del Cántaro*. Amsterdam: Casa de Lorenzo Iacobi, 1602, 2ª edición. Copia facsímil

BdelO *Biblia del Oso*. Madrid: Ediciones Alfaguara, en "Clásicos Alfaguara"; edición de José María González Ruiz, 1987). Volumen IV. (Con ortografía actualizada). Original de 1569

BJ-NE. *Biblia de Jerusalén*. Nueva edición totalmente revisada. Bilbao: Desclée de Brower, 2009

BpT *Biblia para todos*. Traducción en lenguaje actual. Miami, EE. UU.: Sociedades Bíblicas Unidas, 2003

DHH-EE *La Biblia de estudio Dios habla hoy*. Miami, EE. UU.: Sociedades Bíblicas Unidas, 1983

LP *Santa Biblia. La Palabra*. Madrid: Sociedad Bíblica de España, 2010

LPD *El libro del Pueblo de Dios*. Traducción de Armando J. Levoratti y Alfredo B. Trusso. Madrid: Ediciones Paulinas, 1992⁶

NT-MS *Nuevo Testamento*. Traducción de

Juan Mateos y L. Alonso Schökel. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1974. (Es la edición del Nuevo Testamento que se hizo antes de la publicación de la Biblia completa, de la *Nueva Biblia española*).

NT-POV *Nuevo Testamento*. Traducción de Pedro Ortiz V. Santafé de Bogotá: San Pablo, 2000

NTV *Nueva traducción viviente*. Illinois, EE. UU.: Tyndale House Publishers, Inc., 2010

RV *Santa Biblia*. Traducción de Casiodoro de Reina revisada por Cipriano de Valera. Revisiones sucesivas de 1909 (RV-1909), 1960 (RV-60); 1995 (RV-95)

RVC-EE *Santa Biblia*. Reina-Valera Contemporánea. Edición de Estudio. Miami, EE. UU.: Sociedades Bíblicas Unidas, 2017

SB-CEE *Sagrada Biblia*. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2012

SB-UN *Sagrada Biblia*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, 1990; tomo V.

Diccionarios de nuestro idioma

DEA *Diccionario del español actual*, de Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos. Madrid: Aguilar, 1999; 2 volúmenes

DLE *Diccionario de la lengua española*, de la Real Academia Española y Academias asociadas. Edición en línea.

DUE *Diccionario de uso del español*, de María Moliner. Madrid: Gredos, 1986; 2 volúmenes.

Addendum

Algunos textos sobre Judas Iscariote

La Bibliografía sobre Judas ha sido extensísima. Incluimos aquí solo unos pocos textos (artículos), para quien tenga interés en estudiar la figura de este personaje desde diversas perspectivas.

Altares, Guillermo , *Judas, mucho más que un traidor*

<https://elpais.com/babelia/2021-03-26/judas-mucho-mas-que-un-traidor.html>

Bastante, Jesús, Francisco: *“Cada uno de nosotros puede ser Judas, tiene la capacidad de traicionar, de explotar, de vender a sus hermanos”*

https://www.religiondigital.org/el_papa_de_la_primavera/Francisco-Judas-capacidad-traicionar-explotar-vaticano-misa-semana-santa_0_2220677913.html

Busch, Lic. A. M. Rosales , *¿Quién fue Judas Iscariote?*

<http://teologicamente.com/2011/05/%C2%BFquien-fue-judas-iscariote/>

de Pascual, Francisco Rafael, *Judas no captó que en torno a Jesús todo es gratitud y gratuidad*

https://www.religiondigital.org/opinion/Rafael-Pascual-Judas-Jesus-gratuidad-ultima-cena-traidor-decepcionado-soledad-semana-santa_0_2220078018.html

Diccionario Bíblico en línea: [Judas Iscariote](#)

Tomado de: [C:/Users/User/Downloads/308678035-Diccionario-Biblico.pdf%20\(1\).pdf](C:/Users/User/Downloads/308678035-Diccionario-Biblico.pdf%20(1).pdf)

Gelabert, Martin, en *Levadura para pensar: “Notre Dame como metáfora”* (17/04/2019):

https://www.religiondigital.org/levadura_para_pensar/Notre-Dame-metafora_7_2113658621.html

(Último párrafo del artículo): “Yo no voy a caer en la demagogia de Judas, cuando María gastó mucho dinero en un frasco de perfume para manifestar su amor a Jesús. Pero no hay que olvidar que Jesús alabó el gesto de María y, al mismo tiempo, recordó que los pobres estaban ahí”.

Rosales Busch, Lic. A. M. Rosales, *¿Quién fue Judas Iscariote?*

<https://www.facebook.com/opusnova/posts/1312478142122906/>

Varios:

–Así, en el controvertido [Las Memorias de Judas \(1867\)](#), describe el apóstol como un revolucionario y líder de la revuelta judía contra el imperio de los romanos.

–En el año [1944 Jorge Luis Borges](#) publica el cuento *Tres versiones de Judas*, en el que presenta a un [teólogo](#) mostrando tres interpretaciones de Judas diferentes a la convencional, para quedar convencido al final de su última teoría: Dios no encarnó en Cristo, sino en Judas.

–Posteriormente [Juan Bosch](#), en su libro de [1955 Judas Iscariote el calumniado](#), revisa la tradición evangélica sobre el personaje, presentándolo como víctima de una interpretación errónea de los hechos.

–El cine también ha mostrado facetas

diferentes de Judas; por ejemplo, la película de [Martin Scorsese](#) *La última tentación de Cristo*, basada en la novela homónima de [Nikos Kazantzakis](#).

–En el año [2007](#) el autor C. K. Stead siguiendo el *Evangelio de Judas* publica *My Name Was Judas* (*Mi nombre fue Judas*), una novela en la que Judas, octogenario, narra su amistad con Jesús desde su infancia (época en la que compartían el mismo maestro) hasta la muerte de su maestro. Véase: <https://www.theguardian.com/books/2006/nov/18/featuresreviews.guardianreview27>

Verbo Divino: número dedicado a *Judas: una de las figuras más controvertidas del Nuevo Testamento*

https://www.religiondigital.org/cultura/andadura-Resena-Biblica-Ultimo-Judas-religion-iglesia-historia-biblia-verbodivino_0_2135186468.html

Los versículos del hermano Cortés:

https://www.religiondigital.org/hermano_cortes/Jesus-Judas_7_2220747909.html

Jesús y Judas





Foto: fabulousmasterpieces-blog.co.uk

